

**El alumno  
aventajado**  
**Joseph Roth**

**El alumno  
aventajado  
y otros cuentos**  
**Joseph Roth**

Traducción de  
Alberto Gordo y  
Juan Andrés García

- © Prólogo: Friderike Zweig, 1944; con permiso de *World Literature Today* en representación del Board of Regents of the University of Oklahoma
- © De la traducción:  
Blanca Gago: «Joseph Roth y los Zweig»  
Alberto Gordo: «El alumno aventajado» y «Barbara»  
Juan Andrés García: «La leyenda del santo bebedor»
- © De esta edición: Nórdica Libros, S. L.  
Rafael Finat, 32 - CP: 28044 Madrid  
Tlf: (+34) 917 055 057 - info@nordicalibros.com  
www.nordicalibros.com

Primera edición en Nórdica Libros: junio de 2021

ISBN: 978-84-18451-77-5

Depósito Legal: M-15441-2021

IBIC: FA

Thema: FBA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos

(Salamanca)



Edición: Eva Ariza

Diseño de colección: Filo Estudio e Ignacio Caballero

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Eva Ariza, Victoria Parra y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

## JOSEPH ROTH Y LOS ZWEIG

Friderike Zweig

*(Esta es una versión abreviada de una sección del capítulo «Reisen», perteneciente a la biografía de los últimos años de Stefan Zweig que su primera esposa está preparando para la Editorial Claridad de Buenos Aires).*

El Hôtel Cap d'Antibes era el lugar más hermoso que un artista podía haber elegido para trabajar. No era como el Hotel Palace —Stefan siempre huía de esa clase de sitios—, sino una especie de castillo que antaño había funcionado como residencia privada, la casa donde Maupassant había vivido con su familia. Bernard Shaw se había alojado en el hotel durante unos cuantos veranos seguidos, poco antes de que llegáramos nosotros. El lugar disponía de un álbum lleno de fotografías en las que solía aparecer Shaw, cual Proteo en bañador. En invierno, la casa era muy tranquila, agradablemente tenue y acogedora, y esa sensación alcanzaba su plenitud en el pabellón del restaurante junto al mar. Los centroeuropeos excéntricos como nosotros se aventuraban a darse un baño entre las olas —el oleaje del lugar es muy bello—, y eso a Stefan le sentaba de maravilla, pues

así podía trabajar en su *María Antonieta* con gran empeño y disfrute. Tal y como le ocurría siempre que estaba instalado cómodamente en algún sitio, se dispuso a compartir ese placer con un amigo. Envío una invitación a Joseph Roth, que se encontraba casualmente en Marsella. Roth era dieciséis años más joven que Stefan, y mi marido lo consideraba uno de los escritores más brillantes de nuestra época. Roth llevaba poco tiempo escribiendo por su cuenta. Se había dedicado al periodismo durante unos años y había luchado en la Primera Guerra Mundial, de modo que no había tenido tiempo de obtener el mismo reconocimiento que otros escritores con menor mérito.

Quizá sea conveniente decir algo más acerca de él, sobre todo porque fue uno de nuestros mejores amigos durante los últimos años que pasamos juntos. Había comenzado su carrera periodística en un diario de Viena y luego pasó a formar parte de la plantilla del *Frankfurter Zeitung*, para el que viajó como corresponsal a la Rusia soviética y a Yugoslavia. En la guerra luchó como oficial y, por muy sorprendente que parezca, le entusiasmaba la profesión de las armas. Ello se debía a dos razones: su sueldo de oficial le había proporcionado, por primera vez en la vida, independencia económica, y, tras su experiencia en la tierra de los pogromos, consideraba al emperador Francisco José el protector de los judíos. De hecho, su devoción por la patria austrohúngara no cesó de crecer a medida que el imperio declinaba hacia el ocaso, y alcanzó su apogeo justo cuando el objeto de ese patriotismo dejó de ser una entidad independiente. La romántica ceguera de Roth, cuyos amables ojos azul cielo veían tantas otras cosas con un realismo que

ya quisieran muchos, constituía en realidad una forma de volar al pasado o bien a un complicado futuro, todo con tal de escapar al terrible presente. El autor de *Judíos errantes* y *Job* había ahondado en las profundidades del sufrimiento humano. Su querida esposa se había vuelto irremediabilmente loca y él cayó en las tentaciones de la bebida como refugio para el olvido. Bajo la influencia del alcohol era un hombre alegre y optimista, capaz de culminar las tareas más brillantes y precisas, y así llenaba una página tras otra con su hermosa y firme letra. Trabajaba casi siempre en las terrazas de los cafés, y nunca se impacientaba cuando alguno de sus amigos, que eran muchos y de las más variadas naciones, razas y capas sociales, se dejaba caer por allí para interrumpirlo. Había vivido varios años en Berlín, pero, cuando Hitler asumió el mando de la cancillería alemana, Roth abandonó definitivamente la ciudad para entregarse a una vida de cafés parisinos que emulaba la de Verlaine. Era un hombre extremadamente amable, siempre dispuesto a ayudar a los amigos en apuros, pero esperaba a su vez que estos mostraran la misma amabilidad con él y sus pupilos. El barómetro de su temperamento era capaz de pasar rápidamente de la alegría más inocente a la amargura y el incisivo sarcasmo. Su entusiasta y brillante inteligencia judía se inclinó al final ante la autoridad de la Iglesia católica, ya que, al parecer, la piedad y la humildad conseguían apaciguar su tormentosa indignación ante un mundo tan duro y cruel. Al aceptar la tradición y hallar la fe en el futuro del mundo que conocía y el que estaba por venir, domó su espíritu de ardiente rebeldía. Mientras estuvo en Antibes, trabajó en su extraña novela *La marcha Radetzky*, en la

cual supo volcar todo su amor por Austria. Él y Stefan, de cuyo talento Roth siempre hablaba con la más profunda admiración, solían discutir con gran placer las actividades literarias de ambos, y muchas veces intercambiaban ideas. El hermoso incidente del ganso salvaje de *La marcha Radetzky* se debe a una sugerencia de Stefan. Estas contribuciones ajenas son muy frecuentes en las obras literarias, hasta un punto que el lector difícilmente podría sospechar. Así, cuando a Stefan lo invadían el cansancio y la impaciencia, muchas veces me llamaba para que le ahorrara el aprieto de acabar él solo el capítulo que tenía entre manos.

En un entorno como ese, refrescante y estimulante, Stefan no tenía dificultad alguna en trabajar duro y despachar una gran cantidad de trabajo, por lo cual todas las publicaciones que datan de esta época, y que millones de lectores han disfrutado, manifiestan la evidente facilidad y frescura de las condiciones en que las produjo su autor. Cada tarde, nos escapábamos del hotel para divertirnos en el ambiente tan distinto y estimulante que reinaba en el bistró de la misma calle, donde los chóferes, haciendo gala de esa cortesía francesa que fascinaba a Stefan, me sacaban a bailar. Mientras tanto, nuestro amigo Roth procedía a dar cuenta, con gran satisfacción, de su brandy «del bueno» o su Calvados, casi siempre y por desgracia en tragos demasiado generosos. Tenía una forma muy suya de pedir otra copa antes de vaciar la que estaba bebiendo. A veces caminábamos desde el cabo hasta la ciudadela del casco antiguo para comprar material de escritura, pues a ambos les encantaban las papelerías. Una vez hechas las compras, solíamos entrar en alguna galería

de tiro para practicar un poco la puntería. Roth siempre se quedaba estupefacto al ver que yo, que carecía de experiencia militar, acertaba en el ojo del toro tantas veces como él. Siempre insistía en celebrar su victoria o la mía con una ronda de licores, pero Stefan y yo optábamos por un benedictino suave antes que rendirnos a otras cosas más fuertes. Luego ocurría que Stefan decidía probar el nuevo papel y los lápices, y se ponía a escribir en la mesa del café; cuando ya estaba claro que no lo convenceríamos para unirse a la diversión, lo dejábamos a su aire. A veces, Stefan lograba influir en su amigo para que frenara sus apetitos. Se esforzó mucho por ayudarlo en este aspecto y en otros, pero al final fue poco lo que consiguió, y la escasa fuerza de voluntad de Roth le puso las cosas muy difíciles. Stefan siempre se alegraba mucho al obtener la más pequeña victoria, por nimia que fuera, frente al enemigo de Roth, el demonio del alcohol. La salud de este era cada vez más delicada, pero se negaba a escuchar las advertencias de los médicos. Al igual que Stefan, siguió trabajando con la más terca determinación hasta el final. Ambos mostraban predilección por esos franceses «corrientes» que Roth logró retratar tan deliciosamente, y entre los cuales contaba con muchos amigos. En la primavera de 1939 y ante centenares de amigos que asistieron al funeral, fue enterrado entre los suyos, entre esa gente corriente. Había derrochado su preciosa vida sin compasión alguna, pues sabía muy bien que no cabía esperar otra cosa del futuro que la continuación de los terribles ultrajes que atormentaban su delicada compostura a base de odio e indignación. Stefan dio por sentado que Roth se había infligido su propia

muerte, y eso, ciertamente, influyó en él a la hora de tomar la terrible decisión que llevaría a cabo poco después.

Las obras más importantes de Joseph Roth son: las novelas *Abril, historia de un amor* y *El espejo ciego* (1925), *Hotel Savoy* (1924), *Zipper y su padre* (1928), *La rebelión* (1924), *Judíos errantes* (1927), *Fuga sin fin* (1927), *A diestra y siniestra* (1929), *Job* (1930), *Panoptikum* (1930), *La marcha Radetzky* (1932); y las siguientes, publicadas en Holanda: *El Anticristo* (1934), *Los cien días* (1936), *El peso falso* (1937), *La cripta de los capuchinos* (1938) y *La leyenda del santo bebedor* (publicada póstumamente en 1939). Esta última obra aparecerá en una próxima antología de escritores europeos a cargo de Peter Thomas Fisher en Nueva York, bajo el título *Das Herz Europas (El corazón de Europa)*, que toma prestado de Stefan Zweig. La última obra que Roth escribió concluye con un piadoso deseo para sí mismo: «Que Dios nos conceda a todos los borrachos una muerte tan dulce y tan bella».<sup>1</sup>

*Nueva York*

---

<sup>1</sup> J. Roth, «La leyenda del santo bebedor», traducción de Juan Andrés García en la presente edición.

## EL ALUMNO AVANTAJADO (1916)

El hijo del cartero Andreas Wanzl, Anton, tenía el rostro de niño más peculiar del mundo. Su carita alargada y pálida, con una nariz torcida y seria que exacerbaba los rasgos marcados, estaba coronada por un penacho de pelo amarillo blanquecino extraordinariamente escaso. Reinaba una frente alta, infundiendo respeto, sobre un par de cejas blancas apenas visibles y debajo dos ojitos profundos, de color azul pálido, miraban el mundo muy seria y precozmente. Los labios finos, pálidos y apretados se arrugaban en un gesto de obstinación y una barbilla hermosa y regular componía el formidable acabado del rostro. La cabeza estaba plantada sobre un cuello flaco, toda su constitución era endeble y delicada. El único contrapunto extraño a su figura lo daban las fuertes manos rojas, que se balanceaban en las muñecas escuálidas y quebradizas como si estuviesen sueltas. Anton Wanzl iba siempre vestido con pulcritud y limpieza. Nada de polvo en la chaqueta, ni un roto, siquiera el más pequeño, en los calcetines, ni una cicatriz, ni un rasguño en la carita tersa y pálida. Anton Wanzl rara vez jugaba, nunca

se peleaba con otros chicos ni robaba las manzanas rojas del jardín del vecino. Anton Wanzl solo estudiaba. Estudiaba desde la mañana a altas horas de la noche. Sus libros y cuadernos estaban envueltos con sumo cuidado en un blanco papel crepitante. En la primera página, con una letra extrañamente pequeña y bonita para un niño, estaba escrito su nombre. Sus brillantes calificaciones estaban dobladas con solemnidad en un gran sobre de color rojo ladrillo, junto a un álbum con los maravillosos sellos por los cuales se envidiaba a Anton incluso más que por sus notas.

Anton Wanzl era el chico más tranquilo del lugar. En la escuela se sentaba en silencio, los brazos cruzados como estaba prescrito, y miraba fijamente con los ojitos precoces la boca del profesor. Era, por supuesto, el primero de la clase. Lo presentaban siempre ante los demás como el modelo a seguir, sus cuadernos escolares no mostraban ni un solo tachón rojo, con la excepción del poderoso diez que por lo general resaltaba al pie de sus trabajos. Anton daba respuestas tranquilas y pertinentes, siempre estaba listo, nunca enfermo. Se sentaba como si estuviera clavado al pupitre. Lo que más le desagradaba eran las pausas. Todos tenían que salir, la clase se ventilaba, solo el supervisor se quedaba dentro. Anton, sin embargo, salía al patio, se apoyaba en el muro, receloso, y no se atrevía a dar un paso por miedo a que lo derribara alguno de los chicos que correteaban y armaban escándalo. Cuando la campana volvía a sonar,

Anton respiraba aliviado. Con cautela, como su director, entraba tras los muchachos apremiantes y ruidosos, con cautela se sentaba en el pupitre, no dirigía la palabra a nadie, se levantaba derecho como una vela y, en cuanto el profesor daba la orden —«¡siéntense!»—, se desplomaba automáticamente en su sitio.

Anton Wanzl no era un niño feliz. Una ambición ardiente lo consumía. Una voluntad férrea por brillar, por sobrepasar a todos sus compañeros, agotaba casi todas sus escasas fuerzas. Por lo pronto, Anton solo tenía un objetivo. Quería ser supervisor. Ahora lo era otro, un estudiante «menos bueno» que, sin embargo, era el mayor de la clase y cuya edad respetable había despertado la confianza de los profesores. El supervisor era una especie de suplente del maestro. En su ausencia, el alumno distinguido tenía que vigilar a sus compañeros, apuntar a los ruidosos e informar al profesor, mantener la pizarra reluciente, la esponja húmeda y las tizas afiladas, recolectar dinero para cuadernos, tinteros y para reparar paredes agrietadas y ventanas rotas. Al pequeño Anton le imponía un cargo así. En noches de insomnio, urdía planes furiosos, ardientes de venganza, cavilaba sin descanso sobre cómo derrocar al supervisor y hacerse cargo de aquel puesto tan honorable. Un día lo averiguó.

El supervisor tenía una extraña predilección por las tintas y los lápices de colores, los canarios, las palomas y los pollitos. Era fácil corromperle con regalos de ese tipo y quien se los daba podía hacer tanto ruido como le

pidiese el cuerpo sin que le denunciara. Esto fue lo que Anton quiso aprovechar. Él mismo nunca hacía regalos. Pero también había otro chico que no pagaba tributo. Era el más pobre de la clase. Como el supervisor no podía denunciar a Anton, pues a Anton no había forma de atribuirle una travesura, el otro pobre era la víctima diaria de su furia delatora. Aquí Anton podía hacer un negocio redondo. Nadie sospecharía que quería convertirse en supervisor. No, si adoptaba a aquel chico pobre y apaleado sin tregua y le chivaba al profesor la vergonzosa corruptela del joven tirano, se diría que su comportamiento había sido justo, honesto y valiente. Después, solo Anton tendría posibilidades de ocupar la vacante. Así que un día se armó de coraje y desacreditó al supervisor. Tras la correspondiente administración de latigazos, este fue relevado del cargo y a Anton Wanzl se le nombró solemnemente «supervisor» en su lugar. Lo había conseguido.

A Anton Wanzl le gustaba mucho sentarse en la cátedra negra. Era una sensación deliciosa, otear la clase desde una altura respetable, garabatear con el lápiz, distribuir aquí y allá amonestaciones y jugar un poco a la Providencia al anotar a los alborotadores desprevenidos, impartir justicia y saber con antelación a quién alcanzaría el destino implacable. El profesor te tomaba confianza, te permitía llevar los cuadernos de ejercicios, parecías importante, disfrutabas de una reputación. Pero la ambición de Anton Wanzl no descansaba. Siempre tenía un

nuevo objetivo en el horizonte. Y en él trabajaba con todas sus fuerzas.

De ningún modo podía decirse que fuera un adúltero. Ante los demás conservaba siempre la dignidad, cada una de sus pequeñas acciones estaba bien pensada, dedicaba a los profesores discretas atenciones con un orgullo sereno, los ayudaba con el gabán sin perder la expresión severa y sus halagos no llamaban la atención y tenían carácter de acto oficial.

En casa lo llamaban con el diminutivo austríaco, «Tonerl», y lo consideraban una persona respetable. Su padre tenía la típica personalidad de un cartero de provincias, medio funcionario, medio secretario íntimo y confidente de variados secretos familiares, algo digno, algo servil, un poco orgulloso, un poco necesitado de propinas. Tenía el característico andar encorvado de los carteros, arrastraba los pies, era pequeño y flaco como un sastrecillo, llevaba una gorra oficial un poco grande y unos pantalones demasiado largos, pero, por lo demás, era una persona respetada y entre sus superiores y conciudadanos gozaba de cierta reputación.

El señor Wanzl le profesaba a su único hijo una gran admiración, como solo la sentía por el señor alcalde y por el señor jefe de correos. Sí, pensaba el señor Wanzl a menudo, en sus tardes ociosas de domingo: el señor jefe de correos no es más que un jefe de correos. ¡Pero a qué altas cotas podrá llegar mi Anton! ¿Alcalde, director de instituto, gobernador de distrito o —aquí

el señor Wanzl pegaba un buen respingo— por qué no ministro? Cuando compartía estas reflexiones con su esposa, ella se llevaba los extremos del mandil azul a los ojos, primero el derecho, después el izquierdo, suspiraba un tanto y se limitaba a decir: «Ya, ya». Pues la señora Margarethe Wanzl sentía un respeto enorme por su marido y su hijo y, si ya ella valoraba a un cartero por encima de todo, ¿qué iba a pensar entonces de un ministro?

El pequeño Anton pagaba con muchísima obediencia a sus padres el cuidado y el amor que le profesaban. Por supuesto, no le resultaba muy difícil, pues, como sus padres mandaban poco, tenía poco que obedecer. Pero a la par que su ambición por ser el mejor estudiante corría su empeño por que lo llamaran «buen hijo». Cuando su madre lo elogiaba ante otras mujeres, en verano, afuera, delante de la puerta, en el banco de madera de color amarillo huevo, mientras estaba sentado con su libro en la jaula de los pollos, su corazón se henchía de orgullo. No obstante, mantenía la más indiferente de las expresiones, parecía, sumido en sus cosas, no estar escuchando una sola palabra de la conversación de las mujeres. Hasta en esto era Anton un diplomático taimado. Tan inteligente era que no podía ser bueno.

No, Anton Wanzl no era bueno. No albergaba amor, no tenía corazón. Hacía solo lo que le parecía inteligente y práctico. No daba amor ni lo reclamaba. Nunca tuvo necesidad de ternura, de una caricia, nunca se quejaba,

nunca lloraba. Anton Wanzl tampoco tenía lágrimas. Pues a un buen chico no se le permite llorar.

Así es como Anton se hizo mayor. O mejor: creció. Pues Anton nunca había sido joven.

Anton Wanzl tampoco cambió en el instituto. Solo se volvió más cuidadoso en su aspecto. Todavía era el alumno aventajado, el chico modélico, aplicado, decente y virtuoso, dominaba todas las materias por igual y no estaba encariñado con ninguna, pues en él no había nada relacionado con el cariño. Sin embargo, declamaba las baladas de Schiller con pathos fogoso y brío artístico, interpretaba obras de teatro en distintas fiestas escolares, hablaba con gran precocidad y sabiduría del amor, pero él mismo jamás se enamoraba e interpretaba el aburrido papel de mentor o pedagogo frente a las muchachas. Pero era un bailarín exquisito, buscado en las celebraciones, de maneras y botas impecables, de comportamiento y pantalones sin mácula, y la pechera de su camisa compensaba en pureza lo que de este rasgo le faltaba a su carácter. A sus compañeros los ayudaba siempre, pero no porque quisiera ayudar, sino por temor a necesitarlos algún día. A sus profesores los seguía ayudando con los gabanes, siempre cerca cuando se lo necesitaba, pero sin llamar la atención, y a pesar de su aspecto enfermizo nunca enfermaba.

Tras pasar con honores la prueba de madurez, las obligadas felicitaciones y los parabienes, los abrazos y besos de sus padres, Anton Wanzl reflexionó sobre